

Sin embargo no desmayé; y no consiguiendo nada con palabras interrumpidas ni suspiros ardientes, me decidí á seguir un camino práctico, el mas á propósito para escitar sus recuerdos y su sensibilidad.

—El dia que vuelva vd. á hacer eso, se lo aviso á mamá.

Al decirme Julia estas palabras estaba airada, su acento era firme y decidido, el desden de su mirada profundo y silencioso: me quedé hecho un novicio, y ni volví á hablarle. Me acordé de Rosa, y tuve miedo de que esta tambien me cumpliera su amenaza.

Pero no por eso desistí inmediatamente. Me dolía perder un placer que casi habia probado, y cuyos atractivos iban tomando colores mas vivos y hermosos á medida que se iba perdiendo en mi esperanza.

Cada dia mas frialdad, mas ceño, mas dureza: la mas severa política sucedió á la dulce familiaridad de tan breves dias, y al cabo desesperé de reconquistar su corazon perdido. Estaba desengañada por la primera vez: su ódio seria irreconciliable.

Fué preciso alejarme y me alejé.

XXIV.

LA LIBRERIA.

1839, hasta Agosto.

Otra vez solo, aislado en medio del mundo. E amor, mi último refugio, me abandonaba, huía de mí, bajo cualquier disfraz que lo buscara.

Cada muger un desengaño, cada dia un pesar, y cada instante un remordimiento. Serafina, cuya sola vista me regocijaba; Serafina que era mi ídolo, y que derramaba en mi corazon la alegría y la esperanza, habia sido traicionada por mí, olvidada.... ¿y por quien? por mugeres vulgares que no valian lo que ella, que no eran dignas ni de servirle como criadas.

Justo era el castigo que ellas mismas me habian dado; justo el desaliento con que me resigné á abandonar el mundo, á cerrar mi corazon á todo afecto, á esperar la procesion de los dias en la inaccion y la indiferencia.

¿Serafina podria llegar á ser el objeto de mi ac-

tividad? ¿llegaría á aceptar alguna vez mi mano y mi nombre, mi caudal ó mi gloria?..... No: mi vida quedaba, pues, sin objeto: por falta de valor para suicidarme me veía obligado á esperar la muerte en la mas completa inaccion, en el abandono mas perfecto.

¿Y donde pasar las horas, donde matar el tiempo, donde hallar ese movimiento y ese bullicio que entretiene, que disipa, que arrulla, dejandolo á uno tan aislado en su interior, tan libre, tan independiente, tan ocioso como si no ecsistiera?.... en la librería.

En Búrgos también hay una librería, y un librero como no lo hubiera imaginado.

La tienda está situada en una de las principales calles: el tráfico es activo y continuo.

El armazon ha servido para todos los comercios posibles, así es que se perciben las diversas modificaciones que ha ido sufriendo, segun que sus cajones han guardado, ó alcartaces de especias, ó sombreros, ó libros. A fuerza de mirar y contemplar aquel armazon, como un geólogo que ecsamina y analiza los fragmentos de un esqueleto fósil, llegué á formarme la historia de aquella obra, y aun aprendí de memoria las fechas y las circunstancias de cada transformacion.

Una capa de color verde fijaba la época de la penúltima edad; las tablas no pintadas aún databan de la forma literaria que los libreros le habian dado, y por varios lugares descascarados reciente-

mente se percibian diversos otros colores, que quedaban anunciando edades mas remotas, como las capas mas profundas y estratificadas de la tierra.

Al rededor de todo el armatoste corria un banco hueco que habia sido cajon, y ahora servia de canapé á los platicones: un cielo raso de dudoso color y frágil apariencia, cubria á medias el techo, y en fin, los claros de las dos puertas sin cortinas, se limitaban por un mostrador corrido, que, como los bastidores de un teatro, por fuera estaba renovado y repintado, miéntras á la espalda presentaba el aspecto repugnante de cajones sucios y apolillados, tablones remendados, y huecos llenos de tarantines y basura.

Este era el cuadro que se descubria desde un sillón manco, todo de puro palo y pintado de encarnado: este sillón estaba colocado en la medianía del espacio comprendido entre el armazon y el mostrador, detras de una mesita zancuda y endeble, que en vez de carpeta, estaba forrada de periódicos añadidos con lacre, y pegados con lo mismo en las orillas y esquinas.

Sobre esta mesita se veía, á la izquierda, el libro de apuntes diarios y los papeles de actualidad, como las cartas del correo, la factura acabada de recibir, ó una lista de encargos; á la derecha, todos los adminículos para la escritura; es decir, un tintero de vidrio negro, dos ó tres plumas de acero montadas en sus cabos, lacre en pedazos, un mall corta plumas, un pedazo de goma &c.

Raro concurrente no escribía sobre el forro de la mesa su nombre ó el de su novia; ó pintaba una figura, ó levantaba el plano de un viage; yo solía apuntar mis versos, y Miguel hacia cuentas, ó abre viaba el memorandum de sus negocios: á otro le ocurría calarlo de filigrana, ó sacar las letras grandes, hasta que las injurias de los concurrentes ponían inservible aquel forro, y una mañana aparecía la mesa vestida de nuevo con el Siglo y el Correo de Ultramar, ó con una edicion entera de las bulas de Pio IV. De modo, que cada uno de esos forros que se levantaban, era un cuadro curioso, digno de ser litografiado.

Esa mesa y esa silla eran el lugar de honor, el trono presidencial de la tertulia: el que se posesionaba de ellos tenia derecho á usar de la palabra, y era feliz.... no habia asiento mas cómodo á pesar de que le faltaba un brazo á la silla, y no tenia cojin, ni escañuelo en que apoyar los piés.

Aun nos falta que conocer algo mas de la librería.

A la derecha de la mesita hay una puerta estrecha que conduce á la trastienda, especie de bodega, húmeda y oscura, rellena de cajas, tercios-libros, y toda clase de estorbos: de esta bodega, larga de quince varas, se pasa á un cuartito pequeño, que es como quien dice el *boudoir* de Miguel.

Es una pieza de cuatro varas de ancho sobre cinco de largo, de bóveda lisa en vez de cielo raso, y pintada toda con la sencillez de los medios colores.

Es la única pieza que tiene una vidriera. El ajuar consiste en una cómoda otomana forrada de azul, una mesa redonda, sobre la cual hay un quinqué de bomba apagada, y dos ó tres sillas cuando se necesitan.

Nada hay de lujoso ni bello, pero despues de atravesar la oscura bodega, donde se respira la humedad y la fetidez de un calabozo, se goza agradablemente con el aseó y la claridad del gabinete, que tal nombre merece.

Conocida la habitacion, nos falta conocer á los habitantes. En esta ocasion solo importa conocer á Miguel.

Miguel es un jóven de 25 años: alto y robusto: las mugeres lo encuentran buenmozo; para los hombres simpática su fisonomía.

Las patillas chuletas y el bigote, son la forma mas comun de su barba negra y poblada: el pelo largo hasta cubrirle las orejas, y levantado por toda la frente en forma de furia, le da á su cara un aspecto algo arrogante.

Su mirada es tranquila, indagadora, fria: su risa es franca y contagiosa; pero cuando solo se sonrie hay en sus labios mas malicia que regocijo.

Miguel habla poco delante de un desconocido, platica con sus amigos: á nadie le hace una confidencia completa.

Si Miguel ofrece algo se puede aceptar; si se le pide una cosa, sin responder una palabra la da siéndole posible; si no quiere ó no puede, un gesto

desdeñoso semejante al de una muger enfadada, anuncia que va à responder un no, sin disculpas ni protestas.

Si se le pide un consejo es severo; si se le pide un juicio es franco.

El que lo ve por la primera vez lo toma por un orgulloso; despues de haberle hablado con cualquiera motivo se siente que es hombre accesible y social.

Para Miguel no hay dificultad. ¿Se trata de un paseo? Miguel conoce el mejor sitio, el mejor vino, al mejor fondista. Está en una visita de confianza y se rebentó el cordon de la campana? Miguel, sin escalera ni andamios sube hasta el techo, y vuelve á bajar despues de cinco minutos llamando, con el mismo cordon que compuso, á la recamarera para que le traiga un vaso de agua. Miguel hace un ramo de flores elegante, empaqueta la chucheria mas delicada de modo que pueda caminar doscientas leguas: Miguel, en fin, lo sabe todo y lo hace todo callado la boca.

Miguel es comerciante y pocas veces engaña á sus parroquianos, porque pocas veces se deja engañar él mismo.

Miguel está sentado escribiendo: una sombra le avisa que tiene un marchante en el mostrador; levanta la cara y espera que le hablen. Oye el nombre del libro que le piden, y lo compara con el traje y la fisonomia de la persona: le pone el efecto sobre el mostrador, apoya la barba contra el pe-

cho, y arrugando las cejas clava sus ojos encapotados sobre el marchante, á quien deja hojear y registrar el libro á su sabor. Despues dice el precio, y economizando tiempo y palabras echa el dinero en el cajon y va á asentar la partida, ó vuelve á colocar el libro en su lugar, y sigue escribiendo con la mayor tranquilidad.

Cuando sale de la tienda un comprador Miguel sabe ya que el breviario que compró es para tal cura; y por apéndice conoce á la sobrina, y la clase de vicios que la dominan.

Sin embargo, Miguel no es entrometido, ni comadrero, ni curioso.

Este hombre debe tener una novia, una querida, un devaneo cualquiera: todos lo sospechan; pero ninguno podrá afirmar quien es la muger, ni á que horas la visita.

Miguel es, en fin, poco hablador, es reservado, previsor, sagaz: no lo creo capaz de una traicion, y el que no lo conoce bastante lo llama jesuita. Tiene sobrada independenciam para hacer un mal juicio del mejor de sus amigos; pero se conforma con prevenir el mal que puedan hacerle sin dejar percibir sus temores ó su desconfianza.

Así es como yo conozco á Miguel.

¿Y qué me importa?—preguntará el lector—Es que la libreria fué mi refugio; Miguel mi consuelo. Hora por hora pasamos juntos muchos meses, los mas amargos de mi vida. Volvamos, pues, á mí.

Tengo un título de médico y no curo á nadie

tengo aspiraciones de poeta y no escribo; tengo humos de literato y hace años que no leo un volumen completo.

Vivo vegetando como un animal, y fastidiándome como un inglés.

Me levanto á las diez de la mañana, tomo el desayuno por costumbre, y me siento á recibir el sol de mi ventana, que ya no me alegra ni me calienta. Antes de las doce me visto, y fatigado solo con el pensamiento de andar cien varas, me dirijo á paso lento á la librería.

Miguel al verme entrar me cede la silla manca, y sigue leyendo ó escribiendo.

Me siento... ¿á qué? En los primeros momentos me ocurre leer un libro, escribir, hacer algo: á los cinco minutos me canso de todo, y estendiendo los piés, y dejando colgar la cabeza, comienzo á sumergirme en un sopor lento, silencioso: el menor movimiento me causa un dolor, una violencia.

Después de cuatro ó cinco horas de inmovilidad siento helados los piés y las manos: y si Miguel pasa aprisa junto á mí, la ligera agitación del aire me parece una corriente glacial, que me escalofría.

Después una languidez insuperable afloja todos mis miembros, mi cabeza va perdiendo su aplomo, mi imaginación su energía: pierdo la conciencia de lo que pasa á mi derredor, la sensibilidad es oscura, y un murmullo vago me ensordece, me abrumar.

Casi me siento feliz en este estado de insensibilidad: la inercia, el marasmo producido por la falta

de alimento en ocho ó nueve horas me quita la voluntad de hablar, de moverme, de abrir los párpados. Me dejaría morir en aquel estado por no moverme.

Miguel me veía en silencio, me dejaba dormir tranquilo, ó si me veía dispuesto me hablaba, me enseñaba un libro curioso, me contaba una anécdota divertida.

Si después de cierta hora no me levantaba yo, ni llamaba á un criado para que me trajera de comer, Miguel me preguntaba secamente.

—¿Qué quiere vd. tomar?

—Cualquiera cosa.

Y esa cualquiera cosa me la traían á poco rato: comíamos los dos sobre la mesita, delante del público que pasaba por la calle ó entraba á la tienda después me quedaba yo fumando y él volvía á sus ocupaciones.

Podía yo ir á una fonda inmediata, debía ir á mi casa donde me esperaban; pero no tenía ni voluntad ni fuerzas: Miguel lo comprendía, y su prevención me daba la vida.

Nunca faltaban en la librería cuatro ó cinco marchantes de conversación: cuando su presencia ó su charla se me hacían insoportables, arrastrándome atravesaba la bodega, entraba al gabinete, y cerrando todas las puertas para tener oscuridad y silencio, me tiraba en la otomana y dormía.

A las oraciones de la noche era preciso salir, so pena de quedarme solo y encerrado. Entonces iba

o à buscar el café, ó una visita de aquellas donde título de confianza se vuelve uno desatento, y no habla ni se levanta si no tiene voluntad de ello.

Jamas volvía á casa ántes de media noche; ni me acostaba ántes de las dos á las tres: mas temprano no podía dormir, me asaltaba el insomnio, y deliraba hasta la madrugada.

Me lavaba à las diez del día siguiente, triste y perezoso como el anterior; cansado de vivir, huyendo de la luz y del aire, de los hombres y hasta de mis recuerdos.

¿Con qué pesar veía salir la luz y escuchaba la hora que me avisaba la necesidad de abandonar el asilo donde me ocultaba del mundo!

¿A qué despertaba? ¿á qué me levantaba? ¿á qué salía de mi recámara?... A concebir nuevas sospechas contra cuantos me hablaban; á sufrir dolores ficticios, que no por eso dejaban de martirizarme. Una muger desconocida volvía la cara al encontrarme? era antipatía, repugnancia ofensiva, cuando yo no le daba motivo ¿Se reía alguno? era por mí, porque recordaba que me habían escupido, y no me había vengado. Me saludaba alguno con espresion? era ironía. Me hablaban con formalidad? era desprecio

Para no sufrir tanto á cada momento, era preciso huir de los hombres, negarle al corazón todo afecto y al alma toda esperanza; y á fuerza de violencias y de dolores; á fuerza de paladear la amar-

gura de la soledad engañando à la imaginacion, logré vivir con la calma de la muerte.

Hacia un año que no cambiaba el vestido esterior: cualquier otro me lastimaba, me causaba mucho calor ó mucho frio.

Mis relaciones con Madrid eran ya nulas por la falta de mis cartas; el círculo de mis conocimientos se limitaba cada dia; en fin, aun con los criados que me servían y las personas que formaban mi familia, no hablaba, sino cuando no podía pedir con un gesto ó con una demostracion ligera, la cosa que necesitaba.

A la librería..... Allí no era mi casa y no tenía que moverme para hacer los honores á una visita; ni recibir un recado de un enfermo ó un conocido que me llamaba. En la librería tenía yo para disiparme el tráfico ruidoso de los carruajes, de los transeuntes, de los compradores, de los platicones, y no ligado con ese mundo pasajero y movable, no demandaba mi situacion la menor violencia, la menor actividad.

Ocupaba mi sillón de palo, y me ponía á soñar, á dormir con los ojos abiertos.

Ademas; Miguel, al mirarme entrar, leía en las arrugas y la palidez de mi frente el grado de fastidio ó de tranquilidad, y me trataba con la misma espresion de mi fisonomía.

Miguel lisongeaba mi manía, curaba mis dolores, prevenía muchas de mis necesidades. Yo me habría privado de comer; pero de ir al teatro estando

Serafina; de asistir á un baile donde podia á lo ménos mirarla, respirar el aroma de las flores de su tocado, sentir sus ropas rozarse con las mias en una contradanza?..... Eso nunca.

Cuando el cobrador del teatro pasaba á dejar á Miguel su boleto, pedia el mio, lo pagaba, y en su cuaderno de créditos activos iba á apuntar bajo el rubro de Gabriel, tantos pesos, por tal objeto.

Cuando llegaba yo me tiraba el boleto en silencio, y yo lo guardaba sin hablarle tampoco.

—¿Iremos mañana al paseo?—me decia Miguel.

—No.

—Irás Serafina.

—¿A qué hora es el paseo?

—A las cinco.

—Iremos.

Muchas veces, al levantarme para salir, Miguel me detenia.

—Serafina pasará por aquí dentro de media hora.

—¿Cierto?

—Pasó con traje de iglesia, y es probable que haya ido á la funcion de Catedral.

—Es verdad: entónces.....

—A no ser—me interrumpia—que despues vaya á casa de fulana; que hoy es dia de su santo.

Serafina pasaba en efecto á la hora prevista, ó en la tarde la miraba yo en el balcon de la amiga á quien habia ido á visitar.

—¿Va vd. á la tertulia de mañana?—siempre Miguel.

—Que sé yo.

—Irás Serafina.

—No tengo guantes, ni.....

—¿Cuánto necesita vd?

Y contaba el dinero, y me lo ponía sobre la mesa; yendo en seguida á hacer el apunte en el cuaderno.

De esta manera mi cuenta subia de 10 pesos á 20; de 20 á 100: y Miguel me veia disipado, ocioso, miserable. Si era un préstamo sin garantías, habia que agradecerle la confianza; si era una limosna, habia que agradecerle la delicadeza del modo.

Por un milagro que no comprendo, nuestras cuentas están saldadas, y nuestra amistad no se ha manchado con la tinta de los números.

Porque es de saberse que Miguel es un acreedor á quien no se le tiene ni miedo, ni horror. De tal manera hace un servicio que no molesta con el lazo del reconocimiento, ni deja sentir la pesadez de la obligacion. Lo deja todo á la espontaneidad; y en la espontaneidad está el placer de la libertad.

Miguel ve á un hombre desconocido precipitandose por una pendiente, se acerca solícito, le tiende la mano, y le pregunta:

—¿Quieres salvarte?

Si no recibe una respuesta afirmativa, se queda en la orilla del precipicio mirando tranquilamente como rueda aquel desdichado, y al oír el golpe en el fondo, dice con frialdad:—Pobre hombre—y prosigue su camino con la calma mas perfecta.

Miguel no me atormentaba con inútiles consejos, ni reprensiones estériles: Miguel conocía mi locura, y sin fomentarla la consentía, sabiendo que la violencia ecaspera sin curar, martiriza sin consolar.

La presencia de Miguel no me estorbaba porque no me la hacía sentir: me dejaba solo, no me hacía caso, no me llamaba la atención y se ocupaba de sus negocios como si yo no estuviera.

Estaba sumergido en mi sopor habitual después de tres ó cuatro horas de inmovilidad. De pronto una fuerza interior me reanimaba, levantaba la cabeza, y Serafina pasaba en aquel momento por la acera de enfrente, siempre linda, siempre galarda, siempre poética..... siempre cruel!..... Sabía que traspasando con la vista los umbrales de aquella tienda me hallaría sentado en el sillón que era mi potrero, siempre cabizbajo, y siempre por ella. Y sin embargo las más veces no me miraba: y yo volvía á caer más profundamente en el abismo de mi callada desesperación.

Pero si volvía los ojos, mi frente se desarrugaba, huían las negras nubes de mi imaginación, mi corazón palpitaba, mi sangre hervía, y recalentándose los miembros helados me levantaba y sacudía la torpeza de la inacción como si despertara de un largo sueño.

Miguel se sonreía de verme, y cerraba el libro en que estaba leyendo ó escribiendo: ya sabía que dentro de pocos instantes iría yo á interrumpirlo con mi charla y mi regocijo

Regocijo!..... por qué? luego amaba á Serafina tanto que su vista sola me alegraba?.... Si la amaba yo ¿cómo había podido enredar una intriga, concebir un deseo con otras mugeres? ¿Cómo se concibe un amor múltiple, un corazón hecho pedazos, y esos pedazos de corazón repartidos entre muchas mugeres, que aman y se olvidan como las flores que se van hollando en un jardín?.... ¿No habré amado nunca?....

Pero la vida sin amor es la muerte, es el infierno: sí, el infierno que yo he pasado sin recuerdos, sin amor, sin porvenir. María que me amó, ya no existe para mí: Serafina a quien adoro me desprecia.... La dicha no existe en el mundo. Durmamos el sueño del abandono, para no caer en la desesperación.

Y el porvenir?..... Todos los desgraciados son fatalistas. Me contentaba con hacer castillos en el aire, y ser dichoso en la imaginación..... ¿Adónde podría conducirme la pereza? á la miseria, á la desgracia, á la muerte..... al término final de todos los pesares.

A fuerza de desconfiar de todos, de cerrar el corazón á los afectos, de reprimir mis accesos de rabia, de disimular mis dolores, me hice inaccesible á toda impresión. Estaba yo en el último período de una enfermedad crónica: no se siente ya ningún dolor, ni espanta la muerte, ni se ama la vida. Solo molesta la pesadez del tiempo, y cada rato se pregunta la hora, hallando siempre muy largas las

que pasaron, y muy lejanas las que faltan para dormir el último sueño.

Los sentidos mismos se pervierten, y no mirando los objetos como todos los demás, nos repugna su alegría, su empeño de vivir y gozar; parece más bien una comedia ese comercio de afectos y palabras que liga a la sociedad, y en medio de ella se vive sin esperar ni temer, sin aborrecimiento ni temor.

Es el marasmo del cuerpo, y la muerte del alma: se siente un malestar indefinible y profundo; una inquietud vaga, que quita al sueño su blandura, al sol su claridad y a las flores su hermosura—La música y las flores siempre están unisonas con el corazón: pálidas y tristes para el que sufre; brillantes y hermosas para el dichoso.

Pero esta inercia absoluta es imposible: el cuerpo sin movimiento, el alma sin impresiones es un estado incompatible con la naturaleza. ¿Donde gastar pues, la actividad concentrada en muchos días de letargo? ¿donde agotar esas fuerzas que inquietan reprimidas, y que evaporadas consuelan? ¿donde hallar impresiones violentas que hagan olvidar el pasado y el porvenir para no tener remordimientos ó temores. En una orgia, en una de esas bacanales, donde la alegría es loca y la música es estrepitosa, donde el vino se derrama y el pudor se evapora, donde los lucidos vasos de cristal quedan empañados y rotos, simbolizando a las mugeres que bebieron en ellos..... orgias que vistas a la luz

de la esperma enloquecen el corazón, y vistas a la luz del alba lo horrorizan.

Después de una de esas noches infernales hay fastidio y cansancio para muchos días. Las imágenes del cuadro amanecen más descoloradas a cada mañana, pero divierten la imaginación, y dan pábulo a la pereza.

Dominado por ella iba yo pasando hora tras hora, siempre en la librería, siempre durmiendo en mi sillón de palo; siempre bajo la influencia magnética de Mignel, que espíandome desde lejos, me burlaba ó me compadecía..... Siempre soñando con Serafina que es mi ilusión, que lo será hasta morir.

Armas!.... gritos!.... ¿Quién es ella?

Una artista sin mérito, una cómica fea que me hizo pasar una mala noche, pensando en el grado de firmeza que tendría la mano de uno de sus amantes que me desafió.

¿Porque me creía su rival? No: por todo lo contrario; porque me había yo entretenido en escribir unas cuantas sátiras, de aquellas que pican el amor propio de una muger. Ocioso enteramente, no era mala diversión el tener comedia en el teatro, en el café, en mi casa, en la librería. La comedia humana viva, con sus sainetes de intermedio.

¡Pobre de mí! ¡querían matarme por tan poca cosa! Pero esto era lo que necesitaba, un sacudimiento, un estímulo fuerte: por lo demás, la sangre no llegó al río, y en vez de dos onzas de plomo, cam-

biamos una multitud de protestas y esplicaciones que nos dejaron tranquilos, á mas de satisfechos.

Sin embargo, yo habia despertado de mi sopor; y el pensamiento de volver á Madrid, se avivó de tal manera que llegó á dominarme.

¿Qué iba yo á hacer á Madrid? lo mismo que hacia en Búrgos; fastidiarme: con la diferencia de que el torbellino de una gran ciudad disipa mas, y que allí iba yo á encontrar las memorias de mi niñez que acaso me reanimarian.

Bien; todo estaba muy bien; pero para hacer un viaje siempre se necesita dinero, aunque sea la peregrinacion á la Tierra Santa.

¿Y qué hacer cuando no tenia un cuarto? Ocurrir á la Inglaterra, á la nacion rica y previsora, sabia y sagaz, que sabe especular hasta con sus propias deudas. ¡Oh! pero los ingleses que esta vez me abrieron sus arcas eran todos unos lores, ingleses de sangre real.

—Pepe, quiero irme á Madrid.

—Hará vd. muy bien.

—Pero no tengo dinero.

—Esa es una grave dificultad.

—Y espero que vd....

—Comprendido. ¿Qué va vd. á hacer á Madrid?

—Nada; pero deseo salir de Búrgos.

—En efecto; en la posicion que tiene vd. aquí no le queda otro dilema que darse un pistoletazo ó ir á buscar otros aires que lo desentuman.

—¿Luego vd. conoce la necesidad?

—Cuando es el viaje.

—Cuando tenga dinero.

—Por mí.....

—Entónces mañana mismo.

—¿Mañana?

—Sí.

—Está bien.

Aun no es tiempo de hacer el panegírico de estos ingleses nacidos en Búrgos: pero debo decir que si Moises hizo brotar aguade las peñas, *de las Piedras* tambien sacaba yo plata pura y acuñada.

A las seis de la tarde pasó esta conversacion; á las seis de la mañana del siguiente dia, iba yo caminando en la diligencia de Madrid.